

mos sumidos actúa fundamentalmente como paisaje. Pero aunque la sensibilidad para él proceda del arte—*Petrarca* fué su descubridor—no me refiero ahora a la visión estética del mundo. Luego habrá lugar para aludir a ese paisaje. Ahora hablo de ese mundo que está ahí cada día y cada hora en nuestro derredor, sobre el que proyectamos y ejercemos nuestra vida sin que le prestemos una atención especial y que es, incluso tan diverso—siendo el mismo—para el labriego preocupado de la cosecha, para el ingeniero que ha de proyectar un camino, o para esos hombres que con la escopeta en la mano desatienden los anchos horizontes para escudriñar, atentos, los matorrales mínimos.

Pero ¿qué es un paisaje? *Hellpach* lo define como la «impresión sensible total suscitada en el hombre por una sección de la superficie terrestre en unión de la sección de cielo que se encuentra encima». *Azorín* lo dirá mejor:

«El horizonte es de un color violeta nacarado; cierra la vista una neblina tenue. Y sobre ese fondo difuso, dulce, sedante, destacan las casas grandes del poblado y se perfila pina, gallarda, aérea, la torre de una iglesia y emergen acá y allá, solitarias, unas ramas curvadas, unas palmeras». (Los pueblos).

Es verdad, como dice *Hellpach*, que es una «impresión sensible total» pero *Azorín*, siempre minucioso, nos ha dicho, analíticamente, lo que hay: Un ancho espacio: el horizonte. Unos colores: violeta, nacarado, blanco—el verde implícito en las ramas y las palmeras. Unas formas: las casas, la torre, las curvas ramas y las palmeras. Unos sentimientos: dulzura sedación, y las cualidades humanas de algún objeto: la torre es gallarda.

Si, médicos al fin—seguramente con la justa protesta de los artistas—, pretendemos forzosamente descomponer en sus elementos esa maravillosa unidad vivencial que es un paisaje, si pretendemos hacer su «disección», ya tenemos aquí,

